



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Simón Bolívar en la modernidad martiana

Autor: Fernández Retamar, Roberto

Forma sugerida de citar: Fernández, R. (1988). Simón Bolívar en la modernidad martiana. *Cuadernos Americanos*, 1(7), 90-110.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 7, (enero-febrero de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## SIMÓN BOLÍVAR EN LA MODERNIDAD MARTIANA

Por *Roberto* FERNÁNDEZ RETAMAR  
CASA DE LAS AMÉRICAS, LA HABANA

A MÁS de dos siglos del nacimiento de Simón Bolívar, el Libertador por excelencia de los países de nuestra América, cabe, por supuesto, abordar su inmensa faena de muchas maneras. Una de ellas auspicia el deplorable "culto a Bolívar", y lo ve amarrado a su clase de nacimiento —la de los "mantuanos", la oligarquía venezolana—, que aunque realizó tarea históricamente positiva para su época al separar a su país de la carcomida metrópoli española, mantuvo la explotación (incluso la esclavitud) sobre las grandes masas populares, cerrando, precisamente con hechos como la expulsión del propio Bolívar, un capítulo en la historia americana: o haciéndolo continuar por rumbos reaccionarios y al cabo entreguistas.

Otra manera de acercarse a Bolívar lo considera de muy distinto modo: no pretendiendo convertirlo artificialmente en un contemporáneo, pero sí destacando lo que hizo de él un hombre sumamente radical para su coyuntura, un hombre de excepción que luchó por la independencia de varios países y por la justicia social, que combatió la esclavitud y las nuevas amenazas que se cernían sobre nuestras tierras, que concibió proyectos grandiosos, como el de la unidad de la América antes española (hoy diríamos: de la América Latina y el Caribe), y, lejos de cerrar, abrió caminos que a menudo no pudo transitar (ni en algunos casos vislumbrar del todo), dejándonos una herencia ígnea que hace de la conmemoración de su bicentenario un incentivo para la acción. Ahora bien: a fin de apreciar cabalmente esos caminos, esa herencia, es imprescindible conocer las mediaciones, las reactualizaciones que nos lo devuelven vivo. Y en pocos casos se pone esto tan de manifiesto como en el de José Martí, nacido veintitrés años después de muerto Bolívar, y reactualizado a su vez por dramáticas coyunturas históricas gracias a las cuales ambos, Bolívar y Martí, son en gran medida guías de hoy.

Comenzaremos recordando una famosa evocación:

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viejo hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre.<sup>1</sup>

La conocida escena ocurrió en enero de 1881, y fue narrada ocho años después, en la revista para niños y muchachos *La Edad de Oro*, por su propio protagonista: según creemos, el más esclarecido y amoroso de los discípulos de Bolívar; José Martí. De hijo son todas las cosas que Martí le dice al hombre al que más admiró y quiso. "Padre Americano"<sup>2</sup> lo llamó Martí, de quienes "somos los hijos de su espada";<sup>3</sup> "príncipe de la libertad";<sup>4</sup> "hombre solar"<sup>5</sup> que "quema y arroba";<sup>6</sup> sobre el cual "cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios";<sup>7</sup> hasta culminar volcánicamente: "¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!"<sup>8</sup> Si se ha podido afirmar, con razón, que el poeta y maestro cubano Rafael María de Mendive fue el padre espiritual de Martí, hay que añadir que, sin desdeñar el influjo de hombres como Benito Juárez, Simón Bolívar fue su padre político: y recordar de inmediato que Martí, dotado de eminente grandeza literaria, era sobre todo una criatura política, en el sentido más amplio y moral de esta palabra, tan desprestigiada en tantas partes: pero no en lo tocante a Bolívar ni a Martí. Quizás ternuras y delicadezas semejantes a las

<sup>1</sup> José Martí, "Tres héroes", en *La edad de oro* (1889), en *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 18. En adelante todas las referencias corresponden a esta edición.

<sup>2</sup> "Fragmento del discurso pronunciado en el Club del Comercio" (Caracas, 1881), en *OC*, t. 7, p. 285.

<sup>3</sup> "Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893", en *OC*, t. 8, p. 242.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 241.

<sup>5</sup> "La estatua de Bolívar por el venezolano Cova" (1883), en *OC*, t. 8, p. 175.

<sup>6</sup> "Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana", p. 241.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 242.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 248.

que consagró a Bolívar sólo las prodigó Martí a otro hombre en los poemas que escribió en Caracas, en aquel año de 1881, esta vez dedicados a su hijo carnal, al que entonces llamó simbólicamente *Ismaelillo*.<sup>9</sup> En el pequeño libro fundador de este título, cuando el niño no es "príncipe enano", "monarca de mi pecho", "mi caballero", "hijo del alma", está evocado en diminutivos de incansable dulzura: "mi pequeñuelo", "mi jinetuelo", "musilla traviesa", "mi reyecillo", "rosilla nueva". ¿No queríamos abandonar este punto sin dejar de mencionar que Martí, además de llamar *padre* a Bolívar, llamó *hijo* a Rubén Darío;<sup>10</sup> lo que da idea de la vastedad y complejidad de su mundo espiritual.

La filiación bolivariana de Martí jamás fue desmentida por él. En 1877, en Guatemala, había afirmado: "El alma de Bolívar nos alienta",<sup>11</sup> mientras que en Nueva York, en 1880, lo considerará "más grande que César, porque fue el César de la libertad";<sup>12</sup> y como prueba inequívoca de que se consideraba un continuador del Libertador, dijo, de nuevo en Caracas, en 1881 "Se sabe que al poema de 1810 falta una estrofa, y yo, cuando sus verdaderos poetas habían desaparecido, quise escribirla".<sup>13</sup> Porque esa estrofa no estaba escrita aún, al pronunciar su extraordinario discurso sobre el venezolano en 1893, en Nueva York, comenzará excusándose así: "Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América..."<sup>14</sup> Dos años después de aquel discurso, caía batallando, fiel al Libertador, Martí.

Pero precisamente su carácter, tantas veces proclamado por él, de continuador de Bolívar, es uno de los acicates que más impulsan a Martí a poner al día, por así decirlo, la tarea iniciadora del magno venezolano: y lo logra al extremo de que Carlos Rafael Rodríguez, en un discurso significativamente llamado "Martí y el nuevo Ayacucho", haya podido decir hace poco del cubano que su vigencia "es tanta, son de tal modo aprovechables su consejo y su ejemplo, y está de tal manera viva su lección que podemos considerarlo como el mayor entre nosotros, nunca distante, siempre a

<sup>9</sup> *Ismaelillo* (Nueva York, 1882), en *OC*, t. 16, pp. 13-53.

<sup>10</sup> Darío ha narrado el hecho en *La vida de Rubén Darío contada por él mismo*, Barcelona, s.f., p. 143.

<sup>11</sup> "Carta a Valero Pujol" (1877), en *OC*, t. 7, p. 111.

<sup>12</sup> "Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en "teck Hall" (1880), en *OC*, t. 4, p. 202.

<sup>13</sup> "Fragmento del discurso pronunciado en el Club del Comercio", p. 284.

<sup>14</sup> "Discurso pronunciado en la velada de la sociedad Literaria Hispano-americana", p. 241.

nuestro lado".<sup>15</sup> A esta certeza, a esta modernidad que al actualizar a Bolívar logra Martí en el orden sociopolítico (pues puede hacerse otro tanto, y lo hemos intentado en Venecia hace tres años, con relación a lo literario)<sup>16</sup> vamos a dedicar las páginas que siguen, las cuales, dicho sea al pasar, no pretenden originalidad, sino simplemente contribuir a propagar verdades como puños. Debemos insistir, sin embargo, en que tal actualización no implica, de ningún modo, separación en Martí de las lecciones bolivarianas esenciales, de su gestación de un mundo nuevo, de sus aspiraciones de unificación continental —que están en la raíz del concepto básico martiano de *nuestra América*, reiteradamente usado por el cubano desde 1877—,<sup>17</sup> de sus proyectos de libertar a las Antillas de lengua española: proyectos que tanto tenían que conmover al antillano Martí. Pero, señalada esa insistencia, se impone también destacar que a este último le correspondió desarrollarse en otras circunstancias, en otro ámbito geográfico, en otro tiempo que los de Bolívar, y que, precisamente para ser fiel a su descomunal hazaña, estuvo obligado, como postulaba Martí a hacer en cada momento lo que en cada momento era necesario. Puesto que la brevedad de este texto no nos da para más, vamos a llamar la atención sobre dos hechos que distinguen a Martí de Bolívar: su ya mencionada condición de ciudadano de las Antillas (donde no por azar dejó de escribirse la estrofa que faltaba al poema de 1810), y el que cerca de tres lustros de su destierro los viviera en los Estados Unidos, en un momento fundamental en la historia de aquel país. Estos dos hechos, mancomunados, resultaron decisivos, imprescindibles, para la modernidad martiana.

Que sepamos, la primera experiencia social intensa de Martí —quien había nacido en La Habana en 1853, en el seno de una humilde familia de la pequeña burguesía urbana— ocurre a sus nueve años, cuando en 1862 acompaña a su padre, quien había ido a trabajar a Matanzas, zona cubana de cuantiosa producción azucarera. De súbito, una pavorosa escena lo sobrecoge. Dejemos que

<sup>15</sup> Carlos Rafael Rodríguez, "Martí y el nuevo Ayacucho", en *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 138 (1983), p. 47.

<sup>16</sup> Roberto Fernández Retamar, "Cuál es la literatura que inicia José Martí", conferencia ofrecida en sesión plenaria del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Venecia, 25 al 30 de agosto de 1980, y recogida en *Actas del Séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Roma), vol. I (1982) y en *Anuario del Centro de Estudios Martíanos* (La Habana), núm. 4 (1981), pp. 26-50.

<sup>17</sup> Cf. Roberto Fernández Retamar, "La revelación de nuestra América", en *Introducción a José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Martíanos y Casa de las Américas, 1978, pp. 127-141.

sea el propio Martí quien, cerca de treinta años más tarde, nos describa la escena en un poema:

El rayo surca, sangriento,  
El lóbrego nubarrón:  
Echa el barco, ciento a ciento,  
Los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba  
Los almacigos copudos;  
Andaba la hilera, andaba,  
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía  
Los barracones henchidos:  
Una madre con su cría  
Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,  
Salió el sol al horizonte:  
Y alumbró a un esclavo muerto,  
Colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vio: tembló  
De pasión por los que gimen:  
¡Y, al pie del muerto, juró  
Lavar con su vida el crimen!<sup>18</sup>

Aquel sensible niño de nueve años había topado con el aspecto más sombrío de la sociedad en que naciera: la esclavitud, espanto mayor del sistema de plantaciones que era la columna vertebral no sólo de su patria, sino del área caribeña.

Ese mismo año, 1862, J. E. Cairnes publicaba en Londres su libro (que devendría clásico) *The Slave Power*, donde se lee:

Precisamente en los cultivos tropicales, en que las ganancias a menudo igualan cada año al capital total de las plantaciones, es donde más inescrupulosamente se sacrifica la vida del negro. Es la agricultura de las Indias Occidentales, fuente durante siglos de riquezas fabulosas, la que ha sumido en el abismo a millones de hombres de la raza africana. Es hoy día en Cuba, cuyos réditos suman millones,

<sup>18</sup> Poema XXX de los *Versos sencillos* (1891), en *OC*, t. 16, pp. 106-107.

y cuyos plantadores son potentados, donde encontramos en la clase servil, además de la alimentación más basta y el trabajo más agotador e incesante, la destrucción directa, todos los años, de una gran parte de sus miembros por la *tortura lenta del trabajo excesivo y la carencia de sueño y reposo*.<sup>19</sup>

Por supuesto, el muchachito que era entonces Martí ignoraba aún la complicada urdimbre de la cual él había descubierto, horrorizado, el eslabón más sangriento, aunque su reacción moral, que lo guiaría durante el resto de su deslumbrante existencia, le hizo tomar ya la decisión fundacional de esa existencia. Pero sin comprender tal urdimbre, nada puede saberse a ciencia cierta ni sobre las Antillas ni sobre Martí ni sobre la candente modernidad de sus planteos. Y Martí llegó a una comprensión cabal de aquélla: desde luego, como resultado de un proceso.

De entrada, volvamos sobre la cita de Cairnes. A principios del siglo xx, en "las Indias Occidentales" (nombre preferido por los ingleses para lo que llamamos las Antillas), y especialmente en Cuba, "cuyos plantadores son potentados" sobre la base del más brutal trabajo esclavo, y que han obtenido su riqueza al convertirse el país en la azucarera del mundo tras la extraordinaria Revolución Haitiana, añadir un capítulo al poema de 1810 —a la hazaña independentista cuya figura mayor fue Bolívar— no podía sino ser rechazado por esos plantócratas que temían que rebelarse contra las respectivas metrópolis llevaría a consecuencias similares a las de Haití.

Las otras Antillas, pues (no sólo las de lengua española), quedaron retrasadas en el proceso de emancipación de lo que ahora suele nombrarse la América Latina y el Caribe. Cuando finalmente, en 1868, la fracción más radical y menos dependiente de la esclavitud entre los hacendados criollos desencadene en la parte oriental de Cuba la guerra independentista contra España, no llegará a contar con el apoyo (sino con la hostilidad) de los más ricos y esclavistas hacendados de la Isla, ubicados al occidente de la misma, y en medida apreciable ello contribuirá al fracaso de la contienda, la cual se extenderá, en esta etapa, durante una década. Ese fracaso, sin embargo, no lo sería del todo. Por una parte, los insurrectos habían decretado la abolición de la esclavitud: lo que, entre otros factores, espolearía a la metrópoli española a hacer otro tanto ocho años después del fin de esa guerra; por otra parte, en el transcurso

<sup>19</sup> Cit. por Karl Marx en *El capital. Crítica de la Economía Política. Libro primero. El proceso de producción del capital*, 4a. ed., México, 1976, vol. 1, p. 321.



de la contienda, mientras se apagaba el papel hegemónico de los hacendados, iban destacándose dirigentes de extracción popular, como el dominicano Máximo Gómez y el mulato Antonio Maceo, llamados a desempeñar un papel de primer orden en un futuro próximo.

José Martí, quien sólo tenía quince años al estallar la guerra, fue, sin embargo, marcado a fuego por ella. Su irreductible posición independentista lo llevaría, en plena adolescencia, primero al presidio político, y luego al destierro. Y, en otro orden de cosas, nada desdeñable, su origen clasista facilitaría su vinculación ulterior con aquellos grupos encarnados en figuras como Gómez y Maceo, en quienes iba a recaer la hegemonía de una próxima fase en la lucha de liberación nacional. Pues, como han destacado autores como Ricaurte Soler<sup>20</sup> y Paul Strade,<sup>21</sup> el carácter "atrasado" de las Antillas de lengua española en lo tocante a independizarse de España —por cuanto sus respectivas sacarcocracias se negaron a secundar un empeño que ponía en evidente riesgo su privilegiada posición— las llevó a acometer más tarde esa tarea con un sentido mucho más "avanzado": teniendo al frente de la lucha no a los equivalentes de los "mantuanos" que al cabo repudiaron, cuando él puso en peligro sus prerrogativas, a su gigantesco Libertador, según ha descrito en páginas tan lúcidas como lancinantes Miguel Acosta Saignes,<sup>22</sup> sino a clases y capas más populares, de las que fueron portavoces puertorriqueños como Betances y Hostos, dominicanos como Luperón y Gómez, cubanos como Maceo y Martí.

José Martí es pues la figura mayor, pero no única ni extravagante, de una cohorte de combatientes y pensadores antillanos (a los que hay que sumar figuras haitianas del calibre de Antenor Firmin) que en el siglo XIX, debido a razones históricas concretas y fieles al espíritu del legado bolivariano, sobrepasan el liberalismo, por añadidura dependiente, de casi todas las otras figuras relevantes de nuestra América, y acceden a posiciones, para la circunstancia, de extremo radicalismo. A estos voceros, no ya de los hacendados y ni siquiera de las vacilantes o inseguras burguesías nativas, sino

<sup>20</sup> Ricaurte Soler, "De nuestra América de Blaine a nuestra América de Martí", en *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 119 (1980) y "José Martí: bolivarismo y antimperialismo", en *Casa de las Américas*, núm. 138 (1983), pp. 39-46.

<sup>21</sup> Paul Strade, "Remarques sur le caractère tardif, et avancé, de la prise de conscience nationale dans les Antilles espagnoles", en *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien, Caravelle*, núm. 38, 1982.

<sup>22</sup> Miguel Acosta Saignes, "Cómo repudia una clase social a su Libertador", en *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 138 (1983), pp. 99-103.

de aquellas clases y capas más populares que hemos mencionado —y que van de la pequeña burguesía al campesinado pobre y el incipiente proletariado— solemos llamarlos *demócratas revolucionarios*.<sup>23</sup> Su arquetipo entre nosotros fue, según dijimos, José Martí. Regresaremos sobre este punto.

Habíamos anunciado un segundo hecho esencial para entender la modernidad martiana: su largo destierro en los Estados Unidos, el cual, con escasos hiatos, se extiende entre 1880 y 1895. Cualquier estudioso sabe que entre esas fechas aquel país vio transformarse su capitalismo de libre concurrencia —el del *self made man*, el mito del jornalero que llega a millonario— en capitalismo monopolista e imperialista.<sup>24</sup> En las páginas de numerosos periódicos Martí dejó análisis impresionantes sobre la nación nortea de esa época, en los que denuncia con agudeza los rasgos de lo que ahora sabemos que era el inicio de la última etapa del capitalismo: el surgimiento de los monopolios ("El monopolio", dice Martí, "está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres");<sup>25</sup> la fusión del capital bancario con el industrial y la consiguiente creación de la oligarquía financiera ("esos inicuos consorcios de los capitales<sup>26</sup> siempre según palabras martianas, que han creado "la más injusta y desvergonzada de las oligarquías",<sup>27</sup> a la que también llama "aristocracia pecuniaria");<sup>28</sup> la exportación de capitales (volvamos sobre sus textos: "¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos. . . —¡Banqueros no: bandidos!");<sup>29</sup> el reparto entre las grandes asociaciones monopolistas internacionales

<sup>23</sup> Cf. R. Fernández Retamar, "Introducción a José Martí" y "Desatar a América y desuncir el hombre", en *op. cit.*, esp. pp. 35-47 y 153-154 y "Algunos problemas de una biografía ideológica de José Martí", en *Anuario del Centro de Estudios Marianos* (La Habana), núm. 2 (1979), pp. 240-262. El Centro de Estudios Marianos realizó en 1980 un Simposio Internacional sobre el tema "José Martí y el pensamiento democrático revolucionario", cuyos materiales se recogieron en el *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, La Habana, núm. 3 (1980).

<sup>24</sup> Entre la abundante bibliografía sobre la influencia del hecho en la conducta política de Martí (además de otros textos que aquí se citan), cf. Philip S. Foner, *A History of Cuba and its Relations with the United States*, vol. II, New York, 1963, cap. 26 y John M. Kirk, *José Martí, Mentor of the Cuban Nation*, University of South Florida, 1983, cap. 3

<sup>25</sup> "Cartas de Martí" (1884), en *OC*, t. 10, p. 84.

<sup>26</sup> "Cartas de Martí" (1886), en *OC*, t. 10, p. 19.

<sup>27</sup> "Cartas de Martí" (1888), en *OC*, t. 11, p. 437.

<sup>28</sup> "Carta de Nueva York" (1881), en *OC*, t. 9, p. 108.

<sup>29</sup> "Cartas de Martí" (1885), en *OC*, t. 13, p. 290.

de territorios política y militarmente débiles (Martí condena las acciones yanquis en Samoa, 1889 y Hawai, 1890, y por supuesto las tocantes a nuestra América, a las que dedicaremos otras líneas). Por lo anterior, han podido decir con razón autores como José Cantón Navarro<sup>30</sup> y Ángel Augier<sup>31</sup> que Martí realizó análisis pre-leninistas del imperialismo, cuando éste aún no mostraba los aspectos maduros que le permitirían a Lenin escribir su opúsculo clásico, veintiún años después de muerto Martí".<sup>32</sup>

Detengámonos un momento más en este fértil período de la vida de Martí en los Estados Unidos: período sin cuya comprensión por Martí es indudable que su pensamiento no tendría la modernidad que tiene.

Ya el propio Bolívar había advertido en el primer tercio del siglo XIX el peligro que implicaba para el resto del Continente la nación surgida de las Trece Colonias: sin ir más lejos, el 5 de agosto de 1829, en carta a Patricio Campbell, estampó su conocidísima sentencia que el tiempo se encargaría de ratificar incluso más allá de nuestras fronteras: "Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad".<sup>33</sup> Y Martí, al menos desde su estancia en México, entre 1875 y 1876, conocía bien hechos como la guerra inicua en que los Estados Unidos arrebataron a la patria de Hidalgo la mitad de su territorio, aunque al principio de la inicial estadía larga de Martí en Nueva York, en 1880, predominó en él una visión positiva del que, después de todo, era a la sazón el país más progresista de la tierra, y parecía el ejemplo a seguir por los liberales del planeta.<sup>34</sup> Pero muy pronto, sin dejar de reconocerle virtudes a su pueblo, y de elogiar a muchas de sus grandes figuras, observó de modo creciente los costados negativos, también crecientes, del sistema.

<sup>30</sup> José Cantón Navarro, "Influencia del medio social norteamericano en el pensamiento de José Martí", en *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo*, 2a. ed., La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, 1981, pp. 122-142.

<sup>31</sup> Ángel Augier, "Anticipaciones de José Martí a la teoría leninista del imperialismo", en *Acción y poesía en José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Cubanos y Editorial Letras Cubanas, 1982, pp. 130-166.

<sup>32</sup> El estudioso más tenaz del antiimperialismo martiano (aunque no lo abordara con criterio marxista-leninista, como sí lo hicieron autores como Cantón y Augier) fue Emilio Roig de Leuchsenring, quien inició sus trabajos sobre el tema en la década de los veinte.

<sup>33</sup> Cit. en Francisco Pividal, *Bolívar: pensamiento precursor del antimperialismo*, La Habana, 1977, p. 148. Sobre el tema, cf. *passim* el libro de Pividal.

<sup>34</sup> "Impresiones de América" (I a III), (1880), en *OC*, t. 19, pp. 103-126.

En 1881 Martí empezó a escribir las que serían sus *Escenas norteamericanas* para *La Opinión Nacional*, de Caracas. Pero en mayo del año siguiente el director del diario le hace saber que muchos de sus escritos no han sido publicados, y le pide que "procure en sus juicios críticos no tocar con acerbos conceptos a los vicios y costumbres de ese pueblo": los Estados Unidos.<sup>35</sup> José Martí deja de publicar en aquel periódico. Pocos meses después, envía su primera crónica a *La Nación*, de Buenos Aires, entonces el gran periódico de lengua española, donde durante diez años aparecería la mayor parte de las *Escenas*, y ya esa primera crónica es mutilada por el director del periódico, quien el 26 de septiembre de 1882 le comunica:

La supresión de una parte de su primera carta, al darla a la publicación, ha respondido a la necesidad de conservar al diario la consecuencia de sus ideas... Sin desconocer el fondo de verdad de sus apreciaciones y la sinceridad de su origen, hemos juzgado que su esencia, extremadamente radical en la forma absoluta en las conclusiones, se apartaba algún tanto de las líneas de conducta que a nuestro modo de ver, consultando opiniones anteriormente comprendidas, al par que las conveniencias de empresa, debía adoptarse desde el principio, en el nuevo e importante servicio de correspondencias que inaugurábamos... La parte suprimida de su carta, encerrando verdades innegables, podía inducir en el error de creer que se abría una campaña de *denunciation* contra los Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social, como centro económico. Su carta habría sido todo sombras, si se hubiera publicado como vino...<sup>36</sup>

Nunca conoceremos, pues, cuál fue esa *primera* crónica de Martí sobre los Estados Unidos para *La Nación*. Sólo sabemos que, de acuerdo con el director del periódico, era "extremadamente radical" y "hubiera sido todo sombras si se hubiera publicado como vino". Martí se encontró pues, al inicio mismo de su enjuiciamiento de los Estados Unidos para *La Nación*, con esta amarga disyuntiva: o de nuevo perdía una tribuna, esta vez leída en todo el ámbito de la lengua, o procedía de manera indirecta. Optó, naturalmente, por lo segundo.

<sup>35</sup> Carta a José Martí de [Fausto Teodoro de] Aldrey, de 3 de mayo de 1882, en Gonzalo de Quesada y Miranda, comp., *Papeles de Martí (Archivo de Gonzalo de Quesada)*, III. *Miscelánea*, La Habana, 1935, p. 41.

<sup>36</sup> Carta a José Martí de Bartolomé Mitre y Vedia, de 26 de septiembre de 1882, en *Papeles de Martí (Archivo de Gonzalo de Quesada)*, III. *Miscelánea*, p. 84.

A partir de entonces, sus censuras tuvieron que hacerse más sutiles, pero no desaparecieron. Por el contrario, a medida que avanzaba la década de los ochenta, Martí veía con inocultable sobresalto aumentar los problemas. A finales de esa década, las últimas ilusiones sobre el país se desvanecen en él: ve la desigualdad por todas partes, el racismo rampante,<sup>37</sup> el asesinato "legal" de los obreros de Chicago:<sup>38</sup> ve, espantado, que en el diseño de los que él mismo llamará "imperialistas",<sup>39</sup> toca a su América el turno de ser devorada por lo que el ardiente chileno Francisco Bilbao, de clara inspiración bolivariana, había nombrado años atrás "el boa magnetizador".<sup>40</sup> No es otro el propósito del congreso panamericano realizado en Washington entre 1889 y 1890, de cuya herencia nace la Organización de Estados Americanos. Aprovechando las contradicciones interimperialistas entre los Estados Unidos e Inglaterra, y el hecho de que la Argentina se movía entonces en la órbita de esta última, lo que lleva a su delegación y a su prensa oficial a oponerse a las miras del congreso,<sup>41</sup> Martí puede esta vez expresar ampliamente en sus crónicas para *La Nación* muchas de sus preocupaciones. También en esto Martí se revela un discípulo fiel del Libertador. Es bien sabido que el proyecto de este último sobre el Congreso Anfictiónico que al cabo se celebró en Panamá en 1826 con lineamientos y consecuencias distintos a los que previó Bolívar, éste aspiró a *exclure* a los Estados Unidos, y reunir en un haz a los países americanos antes colonias españolas, imitando "a la Santa Alianza en todo lo que es relativo a seguridad política. La diferencia no debe ser otra que la de los principios de la justicia", como escribe a Santander el 23 de febrero de 1825;<sup>42</sup> y también es sabido que Bolívar deseaba un vínculo con Inglaterra que sirviese para proteger a nuestras débiles naciones recién nacidas de los peligros que implicaban tanto la Santa Alianza como

<sup>37</sup> Cf. Juliette Oullion, "La discriminación racial en los Estados Unidos vista por José Martí", en *Anuario Martiano* (La Habana), núm. 3 (1971), pp. 9-90.

<sup>38</sup> Cf. sobre todo "Un drama terrible" (1987), en *OC*, t. 11, pp. 333-356.

<sup>39</sup> Que sepamos, Martí emplea por primera vez esta expresión, "imperialistas", en 1883, en una de sus correspondencias a *La Nación*, de Buenos Aires. (Véanse *OC*, t. 9, p. 345).

<sup>40</sup> Francisco Bilbao, "Iniciativa de la América. Idea de un congreso federal de las repúblicas" (1856) en *La América en peligro. Evangelio americano. Sociabilidad chilena*, Santiago de Chile, 1941, p. 145.

<sup>41</sup> Cf. Thomas F. McGann, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano*, Buenos Aires, 1960.

<sup>42</sup> Cit. en Miguel Acosta Saignes, *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, La Habana, 1977, p. 420.

los Estados Unidos. Pero de este hecho no puede derivarse que el venezolano ignorase los riesgos de aquel vínculo con Inglaterra, simple mal menor. En carta a Santander del 21 de octubre de 1825 le dice: "No he visto aún el tratado de comercio y navegación con la Gran Bretaña, que según Ud. dice es bueno; pero yo temo mucho que no lo sea tanto, porque los ingleses son terribles para estas cosas".<sup>43</sup> Mostrando con toda claridad su realismo político, Bolívar había escrito al propio Santander el 8 de marzo de aquel año:

Los ingleses y los norteamericanos son unos aliados eventuales y muy egoístas. Luego, parece político entrar en relaciones amistosas con los señores aliados, usando con ellos de un lenguaje dulce e insinuante, para arrancarles su última decisión y ganar tiempo mientras tanto... Colombia. podría dar algunos pasos con sus agentes en Europa, mientras que el resto de la América reunido en el Istmo [de Panamá] se presentaba de un modo más importante.<sup>44</sup>

Estos términos bolivarianos parecen retomados por Martí en uno de esos apuntes suyos tan íntimos como decisores: "mientras llegamos a ser bastante fuertes", escribe, "para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, están en el equilibrio de potencias extranjeras rivales".<sup>45</sup> Ese criterio —y no, desde luego, una absurda preferencia martiana por la metrópoli británica antes que por la yanqui— está en el fondo de sus crónicas sobre la primera conferencia panamericana. Comentando, a raíz de su muerte, esas crónicas (que Martí escribía en forma de "cartas"), dijo Rubén Darío:

cuando el famoso Congreso Panamericano, sus cartas fueron sencillamente un libro. En aquellas correspondencias hablaba de los peligros del yankee [*sic*], de los ojos cuidadosos que debía tener la América Latina respecto a la hermana mayor; y del fondo de aquella frase ["América para el mundo"] que una boca argentina opuso a la frase de Monroe ["América para los americanos"].<sup>46</sup>

Baste recordar líneas del que acaso sea, con justicia, el párrafo más citado de aquellas crónicas:

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 423.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 422.

<sup>45</sup> *Fragments* [1885-1895], en *OC*, t. 22, p. 116.

<sup>46</sup> Rubén Darío, "José Martí" [1895], en *Los raros* [1896], Buenos Aires, 1952, p. 198.

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.<sup>47</sup>

Poco después, en 1891, y como complemento del anterior, tiene lugar, también en Washington, un nuevo congreso panamericano, dedicado a tratar de imponer los Estados Unidos a nuestra América una moneda de uso común que apartaría a nuestros países del comercio con las naciones europeas, unciéndonos definitivamente a los intereses yanquis. Martí, quien asiste a este congreso como delegado del Uruguay y desempeña un papel decisivo en la oposición a la tesis —al cabo retirada— del gobierno norteamericano, escribe esta vez, refiriéndose a los sectores dominantes en aquel país:

Crean en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: "esto será nuestro, porque lo necesitamos". Crean en la superioridad incontrastable de "la raza anglosajona contra la raza latina". Crean en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Crean que los pueblos de Hispanoamérica están formados principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más ... ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?<sup>48</sup>

El combatiente revolucionario que desde sus quince años nunca dejó de ser Martí termina entonces de comprender hechos que por desgracia no han perdido validez: que el camino histórico seguido por los Estados Unidos agrava, lejos de atenuar, las desigualdades entre los hombres, por lo que es menester buscarle un camino distinto a su América: "Con los oprimidos", dirá en 1891, "había que

<sup>47</sup> "Congreso Internacional de Washington" (1889), en *OC*, t. 6, p. 46.

<sup>48</sup> "La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América" (1891), en *OC*, t. 6, p. 160.

hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores";<sup>49</sup> que la América española pudo sacudirse casi enteramente su primera metrópoli, pero que una nueva metrópoli mucho más poderosa se le encimaba implacable, bajo la forma de la penetración económica, y por medios diplomáticos, políticos y, llegado el caso, militares; que aquellas Antillas que no habían obtenido su independencia frente a España, y en particular su Cuba del alma, serían la presa inmediata del nuevo "sistema de colonización"<sup>50</sup> (así llamó él a lo que ahora conocemos como "neocolonialismo"), y luego, con ese apoyo, toda "nuestra América mestiza".<sup>51</sup>

Para oponerse a estos designios, Martí se entrega por entero, afiebradamente, a la lucha política. Renuncia a los consulados que desempeñaba en Argentina, Uruguay y Paraguay y en gran medida cesa sus colaboraciones periodísticas, con excepciones como las que consagra al periódico *Patria*, que funda en 1892 con fines revolucionarios. Para decirlo en lenguaje de nuestros días, ha pasado a ser un cuadro político que se propone levantar en las Antillas un muro contra la avalancha rapaz. Tras recorrer enardecido y enardecido la diáspora cubana y puertorriqueña en los Estados Unidos, apoyándose sobre todo en los tabaqueros desterrados, "los pobres de la tierra" con los que, según su poema famoso, había decidido "su suerte echar";<sup>52</sup> tras escribir incansable a grandes figuras de la guerra pasada, logra hacer realidad en 1892 el Partido Revolucionario Cubano, el artículo primero de cuyas *Bases* anuncia: "El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico";<sup>53</sup> lo que había sido una reiterada aspiración bolivariana. El vasto proyecto con que Martí concibió este Partido, el primero creado por latinoamericanos y caribeños para preparar una guerra revolucionaria de la que debía nacer una república auténticamente democrática, era terminar con el colonialismo español en América (escribir la última estrofa del poema de 1810) y frenar al incipiente imperialismo norteamericano (escribir la primera estrofa de otro poema, aún inconcluso). Que Martí no preveía sólo la independencia frente a España lo expresa claramente en

<sup>49</sup> "Nuestra América" (1891), en *OC*, t. 6, p. 19.

<sup>50</sup> "Congreso Internacional de Washington", p. 57. Martí habla allí de "ensayar en pueblos libres su sistema de colonización".

<sup>51</sup> Martí se refirió así en numerosas ocasiones a nuestra patria mayor.

<sup>52</sup> Poema III de los *Versos sencillos*, p. 67.

<sup>53</sup> *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, en *OC*, t. 1, p. 279.



numerosas ocasiones. Es más: desde 1889 ha aparecido en él un concepto que revela el carácter planetario de su preocupación. El luchador contra el colonialismo español que a lo largo de la década de los ochenta había censurado también al colonialismo inglés en Egipto,<sup>54</sup> la India o Irlanda,<sup>55</sup> al francés en Túnez<sup>56</sup> o Vietnam,<sup>57</sup> empieza ahora a hablar de "el equilibrio del mundo", que entiende que ha de decidirse en nuestra América, y en particular en su zona caribeña: he aquí cómo regresamos a la cuestión antillana.

Durante un tiempo pensamos que aquel concepto martiano era de estirpe sansimoniana, pues en esa línea de pensamiento también aparece, aunque no siempre con el mismo sentido.<sup>58</sup> Pero creemos que tiene razón Julio Le Riverend, quien ha estudiado el tema,<sup>59</sup> cuando lo remite a la herencia bolivariana, raíz, como hemos visto, de tantos criterios martianos. En un informe del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Nueva Granada, redactado bajo sus instrucciones en 1813, expresó el Libertador:

Yo llamo a éste el equilibrio del Universo y debe estar en los cálculos de la política americana. . . Este coloso de poder que debe oponerse a aquel otro coloso [el europeo], no puede formarse sino de la reunión de toda la América Meridional, bajo un mismo cuerpo de Nación, para que un solo gobierno central pueda aplicar sus grandes recursos a un solo fin.<sup>60</sup>

<sup>54</sup> "La revuelta en Egipto" (1881), en *OC*, t. 14, pp. 113-117.

<sup>55</sup> "Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos" (1884), en *OC*, t. 8, pp. 440-445.

<sup>56</sup> "La revuelta en Túnez" y "La guerra de Túnez y el ministerio" (1881), en *OC*, t. 14, pp. 77-81 y 125-130.

<sup>57</sup> "Un paseo por la tierra de los anamitas", en *OC*, t. 18, pp. 459-470.

<sup>58</sup> Por ejemplo, en 1836, en "Sobre el progreso y porvenir de la civilización", Miguel Chevalier, entonces sansimoniano y luego de tortuosa vida política, anuncia que "la puesta en relación de las dos civilizaciones, occidental y oriental", gracias a América, "colocada entre las dos civilizaciones" y "reservada a altos destinos", por lo que "los progresos realizados por las poblaciones del Nuevo Mundo importan en el más alto grado al progreso general de la especie", tendrá entre otras consecuencias "políticamente, la asociación de todos los pueblos, *el equilibrio del mundo*, del cual el equilibrio europeo no es más que un detalle" (el subrayado es mío). (Cit. por Arturo Ardao en *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, 1980, p. 159.)

<sup>59</sup> Julio Le Riverend, "El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo", en *José Martí: pensamiento y acción*, La Habana, Centro de Estudios Marianos y Editora Política, 1982, pp. 97-116.

<sup>60</sup> Cit. por Miguel Acosta Saignes en *op. cit.*, nota 42, p. 380. El texto completo, con el título "Informe del Secretario de Relaciones Exteriores Antonio Muñoz Tébar, fechado en Caracas el 31 de diciembre de 1813,

Dos años más tarde, en su memorable "Carta de Jamaica", escribirá Bolívar:

La Europa misma [es decir, la Europa desarrollada, *no* España], por miras de sana política, debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia [hispano]americana; no sólo porque el equilibrio del mundo así lo exige; sino porque éste es el medio legítimo y seguro de adquirir establecimientos ultramarinos de comercio.<sup>61</sup>

Por supuesto, muchos años después, y frente al fenómeno del nacimiento imperialismo norteamericano, Martí acepta en esencia la tesis bolivariana, pero no puede repetirla de manera literal. Para él, las Antillas aún no liberadas son un eslabón particularmente débil y, por su ubicación entre los pujantes Estados Unidos y la América Central, donde al menos un canal interoceánico (¿en Panamá?, ¿en Nicaragua?) es inminente, su función en el equilibrio del continente y aun del mundo es obvia. Ello lo reiterará Martí en cuantiosos textos. Uno de los más difundidos es su artículo publicado en *Patria* en abril de 1894, "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano", cuyo revelador subtítulo es "El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América". Allí expresa Martí:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana—; y si libres... serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio... hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo... Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libetar... Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos.<sup>62</sup>

relativo a la actuación de ese despacho hasta fines de 1813", aparece en los *Escritos del Libertador*, tomo V, publicados por la Sociedad Bolivariana de Venezuela, Caracas, 1969. (Agradecemos este último dato al investigador Francisco Pividal).

<sup>61</sup> Simón Bolívar, "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla", en Vicente Lecuna, comp., *Obras completas*, 2a. ed., La Habana, 1950, vol. I, p. 162.

<sup>62</sup> "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la

El 25 de marzo de 1895, ya rumbo a la guerra, que ha vuelto a estallar el 24 de febrero, escribe al dominicano Federico Henríquez y Carvajal: "Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo".<sup>63</sup> Ese mismo día firma con el dominicano Máximo Gómez, Generalísimo del Ejército Libertador de Cuba el *Manifiesto de Montecristi* (llamado así por el lugar de la República Dominicana donde fue escrito), el cual, al dar a conocer al mundo las razones del conflicto bélico, explica:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre.<sup>64</sup>

Pero donde seguramente alcanzó mayor incandescencia la agónica preocupación martiana por las gravísimas amenazas que veía cernirse sobre nuestras tierras, y donde esa preocupación se manifestó con más crudeza, porque se le expresaba a un hermano, cuando ya estaba cara a cara frente a la muerte, que unas horas después le impidió terminar su texto, fue en su conocidísima carta al mexicano Manuel Mercado, escrita el 18 de mayo de 1895, la víspera de morir en el combate de Dos Ríos. Dijo allí Martí:

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía, y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber. de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de

Revolución, y el deber de Cuba en América" (1894), en *OC*, t. 3, pp. 142-143.

<sup>63</sup> Carta a Federico Henríquez y Carvajal, 25 de marzo de 1895, en *OC*, t. 4, p. 111.

<sup>64</sup> *Manifiesto de Montecristi*, 25 de marzo de 1895, en *OC*, t. 4, pp. 100-101.

América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ése de Vd. y mío—, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre, estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia —les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos. Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas:— y mi honda es la de David.<sup>65</sup>

El resto es harto conocido. Muertos Martí en 1895 y Maceo en 1896, ambos en combate, los temores del primero se revelaron más que justificados. En 1898, valiéndose como excusa de la auto-agresión que costó la vida a la marinería —no a la oficialidad— del barco norteamericano *Maine*, surto en el puerto de La Habana, el gobierno de los Estados Unidos declaró la guerra a España, virtualmente vencida ya por las tropas independentistas cubanas, les arrebató a éstas su victoria, por la que habían luchado a lo largo de treinta años, hizo de Cuba durante seis décadas un protectorado o una neocolonia, se embolsó como botín de guerra —hasta el día de hoy— a la hermana Puerto Rico, y cayó “con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.

Abrumado por la primera conflagración mundial, e incapaz de entender a ciencia cierta lo que estaba ocurriendo, el gran poeta francés Paul Valéry exclamó al frente de su ensayo “La crisis del espíritu”: “Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales”;<sup>66</sup> frase que, por cierto, tiene un antecedente en Gobineau, lo que no es poco decir. Y más adelante añadió Valéry: “Las circunstancias que podrían mandar las obras de Keats y las de Baudelaire a unirse con las de Menandro no son ya totalmente inconcebibles: están en los periódicos”.<sup>67</sup>

Si he recordado estas palabras, no es sólo por el respeto que

<sup>65</sup> Carta a Manuel Mercado, de 18 de mayo de 1895, en *OC*, t. 4, pp. 167-168.

<sup>66</sup> Paul Valéry, “La crisis del espíritu”, en *Política del espíritu*, 2a. ed., Buenos Aires, 1945, p. 23.

<sup>67</sup> Simón Bolívar, “Contestación de un americano meridional...”, p. 24

me merece, la límpida poesía del autor de "El cementerio marino"; ni desde luego por compartir su patético desconcierto, esta vez ante una situación mucho más grave que la que él vivió. Es que quiero pedirle en préstamo cuatro palabras para responder a los que podrían preguntarme dónde están las pruebas de la modernidad de José Martí. Estas pruebas no están por supuesto en este deshilachado texto, ni en obras mucho más sabias, ni en la voluntad o la devoción de nadie: las pruebas de la modernidad de Martí, con perdón de Valéry, quien acaso se hubiera disgustado o simplemente aburrido con este uso plebeyo de sus términos espirituales, "están en los periódicos". Salgamos a la calle, leamos estas hojas volanderas, y la modernidad de Martí, si no estamos petrificados sin remedio, nos estremecerá. Desde el fatídico 1898 —pórtico en el hemisferio occidental de la presencia visible del imperialismo norteamericano analizado y combatido apenas en su inicio por José Martí como por nadie— hasta hoy, sus palabras admonitorias no han dejado de tener vigencia. Si nos obligaran a decir en pocos vocablos cuáles son los problemas principales que nuestra América afronta desde la década de los ochenta del pasado siglo hasta estos turbulentos días que tenemos la desazón y la gloria de vivir, diríamos sin vacilar los que previó Martí. Que no nos dejen mentir Emiliano Zapata, Pancho Villa y Pedro Albizu Campos; Charlemagne Peralte, Augusto César Sandino y Farabundo Martí; Ernesto Che Guevara, Salvador Allende y Francisco Caamaño; Carlos Fonseca, Monseñor Romero y los muertos todavía recientes de Granada. No queremos hacer inacabable la inacabable lista. La política del gran garrote ha regresado como el aprendiz de brujo. La diplomacia de las cañoneras, también. Tales cosas, insistimos, no están sólo en estas líneas académicas: están en las páginas de los periódicos. Por desdicha, a menudo esas cosas no llegan (o llegan tergiversadas) a muchas de esas páginas, porque el enemigo asesina, soborna o mediatiza a quienes deben informar a sus pueblos. Pero éstos no son tan desdichados que carezcan de voceros. "No hay monarca como un periodista honrado", dijo Martí:<sup>68</sup> y él lo fue. Periodistas, periódicos honrados, no han faltado ni faltarán. Ellos no dan la versión del imperio, del "Norte revuelto y brutal" —para seguir con los términos martianos—, aunque esté ávido de comprarlos. Ellos no están dispuestos a venderse y basta. Nos hablan de la Nicaragua asediada e invencible, de El Salvador y la Guatemala combatientes, de la Granada invadida. Esas luchas vienen de muy lejos: de las de hombres como Bolívar, el Libertador; como

<sup>68</sup> "Un gran escándalo" (1886), en *OC*, t. 10, p. 381.

Martí, el Apóstol. Esas luchas empezaron cuando no existía la cómoda excusa de la querrela Este-Oeste. Bolívar y Martín están presentes porque los males que denunciaron y combatieron —cada uno en sus respectivas circunstancias— no han desaparecido del todo o están vivos y coleando. Nuestro deber insoslayable es contribuir a resolver esos males, contribuir a la liberación de todos los pueblos de la América Latina y el Caribe. También en su carta póstuma a Mercado escribió Martí: "Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento. . . , obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros".<sup>69</sup> Hace algo más de treinta años, esos "otros" fueron los asaltantes al cuartel Moncada. Los participantes de aquel memorable asalto, que encabezó Fidel, proclamaron por su boca, que el autor intelectual de la acción era José Martí.<sup>70</sup> "Los objetivos inmediatos" de esa lucha, como explicó Fidel en Chile en 1971, "no eran todavía, ni podían ser, objetivos socialistas".<sup>71</sup> Su programa era el programa martiano. Tenemos la convicción de que tal programa mantiene su vigencia en nuestra América, por la cual —y no sólo por Cuba y Puerto Rico— vivió, pensó, luchó y murió el héroe de Dos Ríos. Se trata de un programa democrático revolucionario que supone un frente de las clases y capas dispuestas a oponerse al imperialismo norteamericano y a las oligarquías locales que le sirven de intermediarias: un frente en defensa de las riquezas nacionales, la justicia social y la auténtica cultura de nuestros pueblos. Ese frente, que fue el de José Martí, sigue siendo, en esencia, la necesidad inmediata de nuestra América. Ello explica sintéticamente la modernidad de los más profundos planteos martianos.

Al terminar este trabajo, considero mi deber recordar que a todos nos es imprescindible contribuir a encontrar con urgencia una solución negociada, honorable y pacífica a la coyuntura dramática que vive el área centroamericana: una solución sin la cual sería posible no sólo que las obras de Keats y de Baudelaire fueran a reunirse con las de Menandro, sino que el polvo enamorado de todos los hombres y mujeres vaya a reunirse con el de los pterodácticos y los brontosaurios. Pero no será así. En vez de eso, "el

<sup>69</sup> Carta a Manuel Mercado, p. 170.

<sup>70</sup> Fidel Castro, *La historia me absolverá* (1953), La Habana, 1954 (y numerosas ediciones posteriores), *passim*. Cf. de R. Fernández Retamar, "El 26 de julio y los compañeros desconocidos de José Martí", en *Introducción a José Martí*.

<sup>71</sup> "Conversación con los estudiantes de la Universidad de Concepción, Chile, 18 de noviembre de 1971. . .", en *Cuba-Chile. Encuentro simbólico entre dos procesos históricos*, La Habana, 1972, p. 266.

porvenir es de la paz",<sup>72</sup> como supo Martí, y en esa paz imprescindible, conquistado lo que Bolívar y Martí llamaron "el equilibrio del mundo", repetiremos con el último: "Patria es humanidad".<sup>73</sup>

<sup>72</sup> "Informe presentado el 30 de marzo de 1891 por el Sr. José Martí, delegado por el Uruguay, por encargo de la Comisión nombrada para estudiar las proposiciones de los delegados de los Estados Unidos de Norteamérica en la Comisión Monetaria Internacional Americana, celebrada en Washington", en *OC*, t. 6, p. 153.

<sup>73</sup> "La Revista Literaria Dominicana" (1895), en *OC*, t. 5, p. 468.